

## La España de Santa Teresa.

Poesía del Académico Correspondiente D. Manuel Sandoval Cúrtali,  
leída en la sesión celebrada en honor de Santa Teresa de Jesús el  
día 18 de Marzo de 1923.

Era el siglo dichoso, era el momento  
en que con dulce y sugestivo encanto  
resonaba en las almas el acento  
del glorioso y triunfal Renacimiento  
que no era ya un preludio, sino un canto.

Con sed de ciencia y de placer, Europa  
en el festín pagano se embriagaba  
bebiendo de los dioses en la copa  
un vino de más grados que la lava,  
mientras, suspensa y extasiada, oía  
el canto de las clásicas Sirenas,  
cuya enervante y blanda melodía,  
a la par en la mente y en las venas,  
cual veneno sutil se difundía.

Y al ver que su bajel que abandonaba  
de sí mismo olvidándose el piloto,  
chocaba, hasta quedar deshecho y roto,  
en el cantil de la escollera brava,  
no queriendo estrellarse en la rompiente  
ni ver trocado su embeleso en llanto,  
España al mástil, voluntariamente,  
se amarró, como Ulises el prudente,  
y oyó su acento, sin temer su encanto.

\*  
\*  
\*

En su viejo solar la tierra hispana,  
miró elevarse, impávida y serena,  
la imperatoria majestad romana,  
dulcificada por la gracia helena  
y redimida por la fe cristiana.

Era la misma antigüedad gloriosa  
que, llena de hermosura, renacía,  
y que, al surgir de su olvidada fosa,  
de España con la sangre generosa  
su generosa sangre confundía.

Del Betis en la plácida ribera  
"cantó el crinado Apolo," la victoria  
del "joven de Austria," con la voz de Herrera;  
y la sombra de Livio en Talavera  
dictó a Mariana su inmortal "Historia,".

Y para honrar a España, nuevamente  
a la luz de la vida y de la gloria,  
el alumno de Sócrates vidente  
y el noble acusador de Catilina  
nacieron en Belmonte y en Granada,  
siendo por su elocuencia y su doctrina  
orgullo de la cátedra sagrada  
y asombro de la Escuela Salmantina.

Y a la par que su arranque soberano  
o su dulzura melodiosa vino  
a prestar al romance castellano  
griega elegancia y esplendor latino,  
sintieron en su espíritu pagano  
que el raudal sereno y cristalino  
del Tajo y el Genil se hizo cristiano,  
arder el fuego del amor divino,  
Tulio bajo el sayal dominicano  
y Platón bajo el hábito agustino.

\*  
\*  
\*

Era entonces el alma castellana,  
de su grandeza y su poder segura,  
como la espiga que creciendo grana  
o el fruto que endulzándose madura.

Y el hombre supo ser cual peregrino  
que sin temer ni vacilar avanza,  
y, al cumplir como honrado su destino,  
no pone en el camino su esperanza,  
pero imprime su huella en el camino.

\*  
\*  
\*

La noble España, en cuya frente altiva,  
que hoy al pesar se rinde y se abandona,  
se enlazaron, tejiendo una corona,  
la palma al roble y al laurel la oliva,  
haciendo entre el fragor de la pelea  
crujir los hierros y silbar las balas,  
o desplegando las radiantes alas  
por los cielos del Arte y de la Idea,  
se ufaná con los nombres de Atenea,  
y fué Minerva en paz y en guerra Palas.

No hubo mar ni remoto ni ignorado  
en el cual los bajeles de Castilla  
no abrieran nuevo surco con su quilla  
como en la tierra virgen el arado.

Y no se alzó en los mares una ola  
sin que el móvil cristal reprodujera  
el glorioso ondular de una bandera,  
¡que era, como nosotros, española,  
y que cristiana, cual nosotros, era!

\* \* \*

En esta España, relicario y templo  
al Dios de las victorias consagrado,  
que al orbe sometido y asombrado  
su ley impuso y ofreció su ejemplo,  
reproduciendo el fuerte y almenado  
muro de su ciudad, mientras sentía  
su alma en la cárcel de su cuerpo presa,  
y suspirando por morir vivía,  
abrasada en amores construía  
su «Castillo interior» Santa Teresa.

El sol divino que para ella ardía  
borró en su cielo y eclipsó en su mente  
ese sol que en el arte y el idioma  
prolongó en un crepúsculo esplendente  
su claridad, ya extinta en occidente,  
que fué en Atenas luz y fuego en Roma.

Jovial, sencilla, humilde, afable y santa,  
imitó en sus escritos y en su vida  
no al águila arrogante que engreída  
con presunción de reina se levanta,  
sino a la alondra que en el surco anida,  
y, entre el cielo y la tierra, vuela y canta.

---

Su alma de luchadora y de heroína  
al hermanar con el viril denuedo  
esa atrayente gracia femenina  
que con su risa fresca y cristalina  
logra ahuyentar la tentación y el miedo,  
sin herir con dureza diamantina,  
ágil, flexible, resistente y fina  
vibró como una espada de Toledo.

¡Y sabéis que la espada, en cuya hoja,  
cual la fibra que el brazo presta brío,  
late y palpita el «ánima» que, roja,  
chirrió en las aguas del sagrado río,  
no se quiebra ni salta aunque el armero  
sin compasión la encorva hasta que junta,  
para probar el temple de su acero,  
la santa cruz con la aguzada punta!

\* \* \*

¡Oh, mujer española!... Amor y celo;  
elevado pensar, sentir profundo,  
segura marcha y atrevido vuelo!...  
¡Oh, espíritu inmortal, noble y fecundo  
donde se funden realidad y anhelo,  
que fué Isabel al dilatar el mundo,  
y fué Teresa al conquistar el cielo!